

Vigesimoprimer Domingo después de Pentecostés Propio 25

Octubre 25, 2020

Año A RCL

Levítico 19:1–2, 15–18; Salmo 1; San Mateo 22:34–46

“En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas.”

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

En estos días que vivimos tan cerca de las elecciones presidenciales, el mensaje sobre cuál mandamiento de la ley es el mayor parece apropiado para nuestro país y para nuestra sociedad pues están muy divididos. Permítanme compartir una publicación de Facebook que dice: "Durante las próximas dos semanas, no dejes que los elefantes (Republicanos) y los burros (Demócratas) te hagan olvidar que perteneces al Cordero." Esto en referencia lógicamente a los partidos políticos y al Cordero que representa Cristo.

Este recordatorio de que la identidad cristiana está por encima de cualquier elección o asociación política es necesario sobre todo en momentos como el que vivimos tan polarizado y dividido. Nuestro propio obispo George Sumner en una declaración reciente mencionó que el día después de las elecciones muchos estarán descontentos sin importar los resultados de las elecciones y que encontrar la unidad y la reconciliación se convierte en una de nuestras tareas más importantes como seguidores de Jesús.

El libro de Levítico y el evangelio de Mateo vinculan hoy el amor a Dios con el amor que tenemos por el "prójimo", es decir, por los demás. Por favor, no reduzcan el término "prójimo" solo para las personas o las familias que viven cerca de ustedes o son sus vecinos o conocidos. El concepto de "prójimo" para nosotros los cristianos va mucho más allá de una ubicación física; Si bien somos responsables y parte del bienestar de nuestros propios vecindarios, como miembros bautizados del Cuerpo de Cristo pertenecemos a un vecindario más grande llamado Iglesia y, en última instancia, a toda la humanidad. El prójimo es toda persona que vive en el mundo.

"No abrigues en tu corazón odio contra tu hermano" nuestros hermanos no son los de nuestra familia, vecindario o país solamente. En cuanto seres humanos nuestros primeros padres y antepasados son Adán y Eva, y como creyentes en Jesús todos los hombres y mujeres son nuestros hermanos y hermanas.

"Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos." Efesios 4: 5-6

Por nuestro pacto bautismal todos descendemos del mismo Padre Dios, todos somos de la misma familia humana. Todos somos parientes cercanos no solo a

los de la familia de sangre sino también a los de la familia de la fe, que no se limita a la gente de la iglesia o denominación, sino se extiende a todo el pueblo de Dios. El mundo no podrá cambiar hasta que entendamos que somos todos familia, hermanos y hermanas que se necesitan uno al otro.

Hoy en el libro de Levítico, escuchamos la revelación de uno de los atributos que Dios comparte con nosotros: " Sean ustedes santos, pues yo, el Señor su Dios, soy santo."

El llamado a la santidad y la participación en la santidad de Dios es uno de nuestros mayores privilegios que tenemos como cristianos. Lo que Dios dice de Jesús en su bautismo: "tú eres mi amado" Dios lo declara de cada uno de nosotros, como un recuerdo para todos los hombres y mujeres de lo mucho que Dios los ama y en cuanto tal es muestra de cómo se preocupa por sus hijos e hijas.

Porque Dios ama a todos los seres humanos, nosotros debemos imitarlo amándolos también. Ésta es una de las conclusiones que encontramos en las lecturas de hoy. El amor a Dios siempre está conectado con el amor a los demás. La respuesta de Jesús al maestro de la ley sobre cuál mandamiento de

la ley es el más importante vincula el amor a Dios con el amor a los demás.

Amar a Dios y odiar a los demás es solo amor parcial.

"Si alguno dice: «Yo amo a Dios», y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve." 1 Juan 4:20

Si el odio le parece extremo porque usted piensa que no odia a nadie, citaré una frase atribuida a Elie Wiesel: "Lo opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia". Nuestro amor a Dios entonces debe incluir necesariamente a otros.

Ningún cristiano puede ser feliz adorando a Dios y siendo indiferente al sufrimiento o las dificultades de otros cristianos que viven en la marginación, la pobreza, la exclusión, la enfermedad, las adicciones. Etc. No estoy hablando de lugares remotos lejos de nosotros, sino de ciudades, comunidades, grupos minoritarios, "personas invisibles" que son marginados e ignorados por otros cristianos aquí en los Estados Unidos de América, en nuestras ciudades y a veces en nuestras mismas familias de sangre.

Jesús sabe muy bien lo fragmentado y dualista que puede ser nuestro compromiso de amar a Dios y a los demás, por eso en su respuesta al maestro de la ley incluyó: "con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu

mente". Dar a Dios episodios de amor parciales o restringidos es infructuoso y contrario a la plenitud de nuestro ser que Dios quiere y merece. Lo mismo sucede cuando amamos a los demás solo parcialmente, la plenitud y riqueza del amor humano no se logra por nuestra incapacidad de amarlos con todo nuestro corazón, alma y mente.

""Ama a tu prójimo como a ti mismo." En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas."

Todo lo que hacemos o tenemos como cristianos: doctrinas, rituales, disciplinas, vida comunitaria, alcance, etc. Todo depende de nuestro amor a Dios y a los demás. A medida que continuamos creciendo y aprendiendo lo que significa ser seguidores de Jesús es importante comprender que todos somos hijos del amor, ya que recibimos y disfrutamos en Jesús el amor de Dios nuestro Padre, entonces necesitamos compartirlo y mostrarlo con acciones de justicia rectitud y compasión. entre nuestros hermanos y hermanas para demostrar cuánto amamos a Dios. Amén